

La venganza de la naturaleza

Alejandro Rodríguez Peña/José David Sánchez Melero/Javier Lareu Gutiérrez*

(Universidad Autónoma de Madrid)

Resumen: La razón instrumental en la economía de mercado encuentra una de sus manifestaciones más significativas en la época contemporánea y podemos constatar como dicho modelo no obtiene sus mejores resultados. Esto, tal como señalan Adorno y Horkheimer, es debido a que la racionalidad ilustrada parte del pensamiento mítico, deviniendo una forma de razón tal que la llevará a la autodestrucción. El pensamiento quedará reducido así al dominio a través del número. Trataremos de desenmascarar su “telos”. Detrás de él late: el dominio de la “naturaleza”, la búsqueda de beneficio, la autoconservación... Una vez que la razón instrumental olvida sus límites, se pliega sobre sí misma y se devora.

Palabras clave: Economía de mercado, razón instrumental, valor, cálculo, naturaleza, autoconservación.

Abstract: Nowadays, instrumental reasoning finds one of its most remarkable manifestations in the market economy, and it is not difficult to observe that it is not obtaining the best results. This, as Adorno and Horkheimer point out, stems from the fact that the Enlightenment's reason comes from mythical thinking, becoming a way of reasoning that will lead to its own destruction. Thought is thus reduced to power exercised by the number. We will attempt to unmask that “telos”. Behind it lies the power over “nature”, the search for profit, the self-preservation... Once instrumental reasoning forgets its limits, it bends towards itself and devours itself.

Key words: Market economy, instrumental reasoning, value, calculus, nature, self-preservation

Será necesario comenzar delimitando nuestro objeto de estudio. Existen en la literatura y en el discurso común numerosos términos que pueden ser confudentes y aquí debemos establecer, lo más claramente posible, a qué nos referimos para poder avanzar en el análisis y la crítica. Liberalismo, capitalismo, mercado, comercio, sociedad de mercado y economía de mercado son algunos de ellos. Nos parece claro que se puede hablar de una actividad de intercambio de bienes y servicios que se encuentra entre las actividades que el hombre ha realizado siempre, sea esta central o no en la vida social de una época; a ésta podemos denominarla “mercado”.

De acuerdo con la opinión más ampliamente aceptada, con la Modernidad esta actividad cobra preeminencia entre los acontecimientos económicos y sociales. Junto al nacimiento y desarrollo de la economía como ciencia independiente, la actividad mercantil se comienza a imponer socialmente a otras dimensiones como la política o la moral. Con ello se comprende que la expansión y centralidad del mercado en la sociedad es el elemento que confiere consistencia a los lazos sociales. Con este nivel de importancia del mercado nos manejamos cuando hablamos de la actividad humana que se desarrolla en ese contexto: el “comercio”.

En lo que se refiere a nuestro motivo de análisis hay que añadir algo más. La economía de mercado (pudiendo identificarse con liberalismo o capitalismo, aunque no nos parece exacto)

* aljn.rodriguez@gmail.com

supone esta preeminencia del mercado, como base de una sociedad comercial cuyos elementos ideológicos permearían inevitablemente todos los ámbitos humanos, desde lo social y político, hasta lo psicológico y moral. Utilizamos el término “ideológico”, muy controvertido por otra parte, en el sentido que Dumont le da en la obra a la que aquí nos referimos: ideología como conjunto de coordenadas implícitas en el pensamiento común, sujeto de numerosos predicados¹.

Estos elementos ideológicos son los que debemos manifestar en este punto para dar voz a Adorno y Horkheimer al respecto de los mismos y desentrañar sus riesgos, beneficios y límites. En todo caso, intentaremos ser descriptivos y no trataremos de buscar el origen económico, social o filosófico de todos ellos. Su filiación se limitará a la establecida por el análisis de nuestros autores, aquella que les da pie a establecer sus límites y problemas.

Nos hemos referido al mercado como una actividad de intercambio; esta definición parece muy neutral y debemos hacer ya alguna matización que nos permita desenmascarar la economía de mercado. Podemos añadir con Jesús Albarracín que el mercado asigna recursos productivos para satisfacer sólo necesidades que se puedan expresar porque alguien paga por ellas, y a condición de que alguien obtenga beneficio en su satisfacción. El mercado no es simplemente un intercambio o movimiento de recursos en función de las necesidades; está orientado por el beneficio².

Más arriba señalamos que la emergencia del comercio al primer plano social viene acompañada del desarrollo de la ciencia económica. Parece evidente, y aún más en la Modernidad, que aquellas emergencias que dominan la vida de los hombres requieran una ciencia que las estudie y de alguna forma las constituya. Por tanto, daremos un breve repaso al nacimiento de esta ciencia con el fin de buscar los autores y formulaciones que nos permitan rastrear la ideología de la economía de mercado.

Los autores consultados van a coincidir en poner el texto de las “Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones” (1776) de Adam Smith como el inaugural de esta ciencia. En este texto se condensan las ideas que la Modernidad, desde los siglos XV-XVI, ha ido elaborando y poniendo en marcha en autores como Hobbes, Locke, Mandeville, etc. Con este texto se inaugura la llamada economía política clásica (Ricardo, Stuart Mill...) y será en él y en sus fuentes donde debemos sumergirnos para buscar nuestros elementos de análisis. Una generación posterior aparece tras las revoluciones de los siglos XVII y XVIII, los llamados neoclásicos (Bohn Bauer, Marshall...). Éstas son las teorías que en nuestro tiempo retomarán y adaptarán los neoliberales. Tras la segunda gran guerra del siglo XX las corrientes son varias, desde el keynesianismo que viene a tapar ciertos problemas de las teorías clásicas, el retorno a las teorías de

¹ L. Dumont: *Homo Aequalis*, Madrid, Taurus, 1982, p. 31

² J. Albarracín: *La Economía de Mercado*, Madrid, Trotta, 1991, p. 19.

Smith y Ricardo, una amplia gama de “marxismos” y socialismos, hasta los neoliberales³.

No podemos decir que la teoría clásica y la teoría convencional moderna (neoclásica) sean iguales. El papel del Estado y, por tanto, de la política en la última es mucho más activo: la idea de comercio autorregulado por la libre competencia ha tenido que ser matizada. Principalmente, la teoría del valor ha sido reelaborada: desde la teoría de Smith del valor-trabajo, donde una mercancía tiene el valor que le aporta el trabajo empleado en producirla, hasta la consideración de la mercancía como un bien donde su valor es su precio en el mercado. Para la teoría convencional, y tal como se considera hoy generalmente, el valor no viene dado por el trabajo, no es inherente al objeto, sino que viene dado por las leyes de la oferta y la demanda: la ley de los rendimientos decrecientes, la de la productividad marginal, etc. Éstas funcionan en tanto los individuos adoptan una conducta “racional”, es decir, buscan el máximo beneficio.

En cualquiera de los casos el valor será un concepto central y se concibe como una abstracción, bien sea del trabajo empleado, bien como patrón dinero que se utilice en sus intercambios. Pero siempre dejando de lado las cualidades del bien o mercancía.

La economía como ciencia trabaja siempre con modelos abstractos. Aproximaciones científicas a la realidad que la hacen calculable y objeto de dominio. Esto está presente en la economía de mercado: una sociedad concebida abstractamente en sus elementos y funcionamiento. Dejaremos a Adorno y Horkheimer pensar cuál es, si la tiene, la finalidad y los problemas de todo esto. Veamos antes, brevemente, cuáles son algunos de esos elementos (abstracciones o abstracciones elementales) con los que la economía de mercado ha funcionado y funciona.

En primer lugar, la economía de mercado concibe el espacio como un espacio económico abierto. Tanto Rosanvallon como Dumont ven aparecer esta apertura a un espacio económico en el paso del mercantilismo al liberalismo⁴. Si bien en el primero el poder político está muy ligado al económico por la necesidad de proteger en el mercado internacional los intereses de la nación, dentro de la cual la libre competencia permite el beneficio común, el liberalismo abre ese espacio de libre competencia a “todos los lugares”, concibiéndose como un espacio uniforme, continuo y que permite la fluidez de las relaciones, llevando a una pacificación y equilibrio espontáneos de los conflictos. Hoy incluso podemos ver cómo el espacio físico no es suficiente para la economía de mercado; espacios virtuales como los mercados financieros o los digitales son concebidos de forma parecida. Posiblemente ha sido la economía de mercado la que haya dado la base para todo ello.

“Las aguas reunidas artificialmente en cuencas y en canales distraen a los viajeros por la ambientación de un

³ J. Albarracín: *La Economía de Mercado*, Madrid, Trotta, 1991, pp. 34-42.

⁴ L. Dumont: *Homo Aequalis*, Madrid, Taurus, 1982, p. 49. y P. Rosanvallon, *El Capitalismo Utópico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, p. 90.

lujo frívolo: pero las aguas que las lluvias distribuyen uniformemente en la superficie de los campos, que solo las pendientes de los terrenos dirige y distribuye en todos los valles para formar fuentes, llevan por doquier la riqueza y la fecundidad”.⁵

La espacialización económica del mundo ha supuesto, como hemos dicho, un encumbramiento y emancipación de “lo económico” frente a “lo político”, que ahora se limitará a mantener las condiciones del libre mercado. Esta separación de lo político lleva a la economía a un primer plano y de alguna forma subordina lo político a lo económico: nada “antieconómico” debe procurar la política si quiere proteger el bien común y la riqueza. Es más, lo político surge de las relaciones que se establecen en el espacio económico. Estas relaciones se establecen entre los individuos, y aquí aparece el elemento estrella de la economía de mercado: el individuo. Para que el juego económico en este espacio económico abierto provea de beneficio a todos y consiga relaciones no violentas, debe establecerse entre individuos tal como la economía de mercado lo concibe.

En un primer momento el individuo se concibe como autónomo frente al poder absoluto: la emancipación frente al feudalismo y las monarquías absolutas parece el motor que impulsa al individuo autónomo moral y económicamente. A su vez debe incorporarse al espacio de libre competencia y ello implica una serie de características que deben constituirle.

Se habla de un individuo “racional” en el sentido de que busque maximizar sus beneficios⁶: ¿sería racional alguien que no busque su beneficio, qué se quiera perjudicar? ¿Sería un loco? Así para que la economía de mercado funcione en su pacificación y optimización de las relaciones, todos los individuos deben ser iguales en su comportamiento.

Ya desde Locke y también en Smith, la constitución del individuo está íntimamente relacionada con la propiedad privada como algo esencial a él. “El individuo levanta cabeza bajo el aspecto de posesión o propiedad”⁷. Partiendo del derecho natural, Locke entiende que todo individuo tiene derecho a la propiedad de aquello que produce con su trabajo, dado que éste reside en su propia fuerza, en su propio cuerpo. Como hemos dicho, la teoría del valor-trabajo se va dejando de lado según evoluciona la ciencia económica, pero esta unión de individuo y propiedad privada quedará ligada a la economía de mercado de forma indeleble. Cada individuo está en posesión de su cuerpo, de la fuerza de trabajo que este pueda desarrollar, lo que produzca con ella y lo que pueda obtener cambiándola en el mercado. El valor quedará fijado por la cantidad de trabajo o por el juego de la oferta y la demanda, según la teoría que escojamos.

Ya en Locke la propiedad está ligada al concepto de dominio: el individuo domina aquello

⁵ Turgot, citado por P. Rosanvallon: *El Capitalismo Utópico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, p. 100.

⁶ J. Albarracín: *La Economía de Mercado*, Madrid, Trotta, 1991, p. 37.

⁷ L. Dumont: *Homo Aequalis*, Madrid, Taurus, 1982, p. 78.

que posee, pudiendo ser manejado a su antojo, controlado. Como hemos visto “su antojo” debe ser racional, o lo que es lo mismo, buscar el máximo beneficio.

La conducta racional-económica de este individuo va siendo progresivamente, en Mandeville y Smith, separada de su conducta moral. Si bien Locke aún confía en el sujeto cristiano que ha interiorizado los valores sociales, garantizando así la cohesión social, sus sucesores aseguran observar empíricamente que el egoísmo impera en la conducta económica de los individuos y opera de forma beneficiosa para todos. Así la moral, como la política, se aparta del ámbito económico que es el que se impone con toda su ideología individualista posesiva y de espacios económicos abiertos. La conducta y valores económicos se imponen progresivamente para instituir la economía de mercado con todo su potencial.

Tenemos un espacio como tablero y unas fichas de juego (individuos posesivos, usando la expresión de Macpherson) que, siguiendo las reglas del mercado basadas en la persecución del beneficio, contribuyen al equilibrio, pacificación y beneficio de todo el mundo económico, concebido como una abstracción de la realidad que debe funcionar en la realidad misma. Dicho con Friedman (citado por Rosanvallon):

“Los precios que emergen de las transacciones voluntarias entre compradores y vendedores -en síntesis, en el mercado libre- son capaces de coordinar la actividad de millones de personas, cada una de las cuales no conoce más que su propio interés, de modo tal que la situación resulta mejorada [...]. El sistema de los precios cumple con esta tarea en ausencia de toda dirección central, y *sin que sea necesario que la gente hable entre sí, ni que se guste* [...]. El sistema de los precios funciona tan bien y con tanta eficacia que las más de las veces ni siquiera somos *conscientes* de que funciona.”⁸

Queda aún en estas palabras, muy posteriores en el tiempo, un deje holístico, según diría Dumont, previo a la economía de mercado. Se sigue suponiendo que el todo saldrá beneficiado del “mundo de la economía de mercado”, en el que el espacio se ha abierto a “todos los lugares” y el individuo ha suspendido las jerarquías. O al menos esto supone la abstracción económica.

Resaltaremos aún un aspecto citando literalmente a Dumont:

“la perspectiva sustancialista impregna el movimiento de emergencia de lo económico, designando con esta expresión la tendencia a acentuar un agente o elemento único, como una entidad autosuficiente [...] que suministra la razón o núcleo vital del dominio como un todo”⁹.

Esta perspectiva busca una unidad de medida más o menos estable que permita la calculabilidad del mundo. Así el valor-trabajo, en principio, y los precios bajo la fórmula de la oferta y la demanda, en último término, se conciben como una sustancia que explique y permita dominar y predecir el concepto central de la economía: el valor (ligado teleológicamente al

⁸ P. Rosanvallon: *El Capitalismo Utópico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, p. 9.

beneficio), y en definitiva, con ello, dominar la realidad y la naturaleza. Un algo que lo explique todo es una búsqueda constante de la ciencia, también de la ciencia que rige y constituye el dominio imperante: la economía de mercado.

Este es el contexto en el que vamos a tratar de ahondar un poco más de la mano de Adorno y Horkheimer, que nos ayudarán a leer tal primacía del comercio en relación con el encumbramiento del espíritu calculador ilustrado, y con el modo en que en él persiste aún el movimiento mitológico de esquematización que tiende a petrificar lo real.

Ya hemos destacado cómo la esfera económica termina por gravitar en torno a la noción de valor, que, ligada finalmente a las leyes de la oferta y la demanda, se nos presenta como la encargada de tasar lo existente, es decir: de atribuirle un precio en el mercado, de manera que todo quede valorado de esta forma abstracta y pueda entrar así en el juego del intercambio económico. Con esto tomaría forma un “principio de lo equivalente”¹⁰ que, según nuestros filósofos de referencia, haría comparable lo heterogéneo reduciéndolo a magnitudes abstractas, relegándolo en última instancia a número, y obstruyendo a la mirada de los individuos cuanto pudiera hallarse más allá.

De tal modo, cualquier consideración cualitativa o no cuantitativa se ve rechazada por este ámbito mercantil que, como hemos señalado, acaba cobrando preeminencia en cuanto dimensión de lo social que relega a las demás. Los individuos posesivos, en busca de su propio beneficio dentro del sistema de la economía de mercado, se hallan así empujados a manejarse predominantemente en términos de valor, tendiendo a calcular todo cuanto se les presenta (desde su relación con objetos y oportunidades de consumo hasta sus relaciones interpersonales), siempre con el fin de extraer el máximo rédito, la máxima rentabilidad dentro del sistema de cuantificación mercantil.

De aquí habría de extraerse la clave del sesgo ideológico que podemos rastrear en la imagen del mundo perfilada por el comercio. Por encima de todo, y marcando las demás dimensiones sociales, se hallaría este ámbito económico basado en la tasación de lo real en términos de valor, en busca de la rentabilidad mercantil individual. A partir de ello, el individuo ligado a la propiedad quedaría abocado a enfrentarse al mundo desde una perspectiva de abstracción atomística, presionado para calcularlo todo en pos de una satisfacción individualista de sus intereses comerciales cuya persecución resulta naturalizada y calificada como “racional”.

El individuo se ve así insertado en una totalidad económica cuyos parámetros son ciertamente móviles en función de la oferta y la demanda, pero cuya pauta última, dada por la noción de valor, presupone y promueve una tasación predominante que determina el modo subjetivo

⁹ L. Dumont: *Homo Aequalis*, Madrid, Taurus, 1982, p. 132.

¹⁰ Th. Adorno y M. Horkheimer: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal, 2007, pp. 32 y 33.

de concebir lo real. En el plano objetivo se instala, en última instancia, este espacio económico fundamentado por la calculabilidad y orientado hacia ella. De este plano objetivo, a través de la primacía abstracta del valor, se ve eliminada cualquier posibilidad de articular fines o cualesquiera proyectos colectivos ajenos a lo comercial, pues, bajo la preeminencia del mercado, el marco social se convierte en mero tablero pautado por una mecánica de abstracción tasadora, articulada en torno a la noción de valor e impulsada por la búsqueda del beneficio económico individual. Ese tablero social se concibe como mero ámbito reglado en el que no cabe la articulación de fines. La racionalidad instrumental, de este modo, se encumbra en su papel de simple medio al alzarse como la única legitimada para ocupar el espacio objetivo, quedando toda teleología o articulación de fines relegada al espacio subjetivo, en el que sin embargo ya no hay posibilidad de sustraerse a la universal mediación objetivada en el mercado.

Esta es la forma en que la economía de mercado,alzada como dimensión social principal, constituye los lazos sociales. Unos lazos sociales bien sólidos en cuanto entramado del mecanismo social, pero a nivel psicológico o afectivo sumamente precarios o prácticamente diluidos, en la medida en que este entramado económico preeminente generaliza a escala social la distancia dominadora del cálculo, de la razón calculadora o tasadora, por medio de cuyo poder de abstracción los individuos responden a las presiones mercantiles tendiendo a formalizarlo o tasarlo todo a fin de calcular su propio beneficio, y tendiendo así a dejar de lado cualquier forma de pensamiento o conducta no remitida al cifrado tablero de juego de lo económico.

La circunscripción del pensamiento a la matematización económica constituye, por tanto, el vector principal en que actúa la presión del mercado en tanto que privilegiada realidad social. De esta manera, resulta excluido todo lo que no pueda situarse como valor dentro de la ecuación del mercado. Según podemos leer ya en *Dialéctica de la Ilustración*, “lo desconocido se convierte en incógnita de una ecuación, y con ello queda señalado como conocido aun antes de que se le haya asignado un valor”¹¹. Tal es la mecánica por medio de la cual la aparente flexibilidad del valorar, en función de la oferta y la demanda, entraña ya un sesgo matematizador que fija y encasilla lo real en esos parámetros de tasación mercantil a los que deberá someterse. El miedo típicamente burgués, según la genealogía de nuestros autores, a la irrupción de lo extraño o desconocido, cristaliza así en una sociedad cuya esfera suprema no es otra que la de un tablero económico en cuyos casilleros cae necesariamente todo lo real, homogeneizado a través de ese medio de cambio y ese trasfondo uniformador en que se convierte el dinero. En la ecuación del comercio cabe ciertamente introducir unos valores u otros, unos números u otros como medida de lo real; pero lo que no cabe es

¹¹ Ibidem, p. 39.

trascender esa ecuación y mirar más allá, concediendo peso a lo cualitativo, a lo irreductible a lo económico, a lo heterogéneo en cuanto tal (sin borrarlo bajo el uniforme del número). Todo eso es relegado a poesía, a bagatela, a humo. A algo sin importancia que puede pasar sin apenas ser visto.

La sorpresa nos llega cuando, convencidos de nuestro científicismo y nuestro rigor, descubrimos que en el pensamiento económico se consume en realidad la operación mítica por excelencia. Tal como señalan Adorno y Horkheimer, “la mitología había reflejado en sus figuras la esencia de lo existente: ciclo, destino, dominio del mundo como verdad, renunciando así a la esperanza”¹². Y, en este sentido,

“la subsunción de lo fáctico, sea bajo la prehistoria fabulosa, sea bajo el formalismo matemático; la relación simbólica de lo actual con el acontecimiento mítico en el rito, o con la categoría abstracta en la ciencia, hace aparecer lo nuevo como predeterminado, que así es en verdad lo viejo. No es lo existente lo que carece de esperanza, sino el saber, que en el símbolo plástico o matemático se apropia de lo existente en cuanto esquema, y así lo perpetúa”¹³.

El encumbramiento de la esfera económica, concretada históricamente en la primacía del mercado sobre toda otra dimensión social, no vendría sino a petrificar la realidad, sólo que, en lugar de hacerlo por medio de un relato, lo haría a través de un patrón matemático. Pero ello no dejaría de suponer una formalización mitificadora de lo fáctico. Y así, la fábula de nuestro tiempo no sería otra que la que nos presenta como natural una vida de cálculo, en persecución de una rentabilidad individualista que no podría ser definida sino en los términos del propio mercado, esfera de tasación universal a la que todo en última estancia se hallaría remitido.

Con esta realidad petrificada lo único que se pretende es manejar la realidad, el dominio desde el conocimiento de la misma. En palabras de Adorno y Horkheimer: “lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es la manera de servirse de ella para dominarla por completo; y también de los hombres”¹⁴, es decir, patriarcado de la razón sobre la naturaleza. Veamos en qué consiste el dominio de la naturaleza, que se revelará como autodomínio a través del cálculo, en el mito de Odiseo, partiendo de la interpretación del mismo ofrecida por nuestros dos autores.

Odiseo, por medio de la razón calculadora, anticipa el peligro natural representado por las sirenas: éstas encarnan su deseo, la llamada de su propio placer que puede poner en peligro su autoconservación. A fin de protegerse frente a ese arriesgado impulso natural, Odiseo se reprime por

¹² Ibidem, , p. 42.

¹³ Ibidem, p. 42.

¹⁴ Ibidem, pág. 20.

medio de la razón, ideando las ataduras que habrán de mantenerlo alejado del peligro, impidiéndole caer en la tentación. Su dominio de la realidad, desde la distancia que supone la abstracción, le permite así el autodomínio y, a la vez, dirige el trabajo físico de sus compañeros, suprimiendo para éstos toda posible llamada del placer (tapando sus oídos al canto de las sirenas), se controla a sí mismo al precio de negarse, desde su distancia, toda posible satisfacción de los placeres sensibles que aún es capaz de atisbar pero a los que su dispositivo racional (las ataduras) le niega el acceso. De este modo queda asegurada la navegación, el viaje a salvo del peligro de las sirenas. Funciona el trabajo físico en los remeros, y funciona la dirección racional en Odiseo. Pero en definitiva ambos tienen negado el acceso al placer, bloqueada la conexión con la naturaleza. Lo único que pueden hacer es proseguir el viaje, proseguirlo y proseguirlo, sin que haya un posterior puerto con sirenas que haya de constituir su destino. Sólo se trata de autoconservarse, de conservar la mecánica de la tripulación (remeros y capitán) y así mantenerse a flote.

Hay que advertir que Odiseo se concibe por encima de todo como patrón de sus hombres. La abstracción aquí vigente legitima la superioridad en la que se coloca Odiseo. Éste domina a sus hombres para así poder salvarse, contemplando su relación con los remeros únicamente como una relación patronal, lo cual implica la reificación de dicha relación; toda relación social es reificada. Los remeros, a la par, procuran su propia preservación ejerciendo la actividad que el patrón les ha ordenado: lo obedecen para poder autoconservarse. En última instancia, no hay nada que distinga a Odiseo de los remeros dado que son hombres: todos tienen que tomar medidas ante los encantos de las sirenas, ante aquel peligro que les amenaza a todos por igual. Visto así, tanto Odiseo como sus hombres constituyen el sujeto-económico, hombre moderno que, tal como hemos dicho antes con la ayuda de Locke, se cree dueño de su cuerpo y de los productos de éste, de los objetos surgidos de su fuerza, suponiendo que puede manejarlos e intercambiarlos de un modo tal que el principio de equivalencia y la razón calculadora señalen como rentable. Se contemplan como dueños de sí mismos y de su trabajo, en el sentido de poseerse, controlarse, gobernarse, ordenarse... Todos ellos se creen obligados a acudir a la razón calculadora: el trabajo físico y la dirección racional son formas de lo mismo.

Ahora bien, Odiseo, como señor, está en derecho de poder hacer una abstracción de la naturaleza, de poder oírla atado, y por lo tanto, reprimido, mientras que los remeros, tienen toda imposibilidad de escuchar, de aproximarse a la naturaleza. Tal como hemos dicho antes, la naturaleza que escucha Odiseo, únicamente accesible al patrón, es el deseo, el instinto, la tentación, pero que jamás él podrá satisfacer por sus ataduras: placer jamás disfrutado. Odiseo, al ser dueño de sí y de sus hombres, al decidir en su razón ser atado, se mantiene en la insatisfacción. También condena a sus hombres, al dominar sobre ellos, a la eterna ignorancia de la naturaleza; sacrificio que

ellos confirman al obedecer, al ser dueños de su cuerpo y de su trabajo que pretenden intercambiar por su salvación. Se trata de una doble condena, sacrificio impuesto desde el dominio en favor de la autoconservación. Se trata de un sacrificio imperdonable de la humanidad. Desde la razón instrumental no se entienden las limitaciones autoimpuestas como un sacrificio; pero todos son, aunque lo hayan olvidado, naturaleza reprimida, automutilación: en el interior de cada uno está la melodía del canto de las sirenas que entra en resonancia cuando lo escuchan, llamada propia al placer que se intenta combatir. Ellos son la naturaleza misma que ha elegido su abstracción para conservarse, en ellos está el germen de la venganza. Es su naturaleza interna la que desequilibra ese cálculo controlador autoconservador, desequilibrio que impide seguir creyendo en el pleno control calculador del trabajo.

Y esa es la venganza de la naturaleza: como un arquero, la naturaleza nos daña desde la distancia con su canto, pero el daño producido es interno, pues la misma distancia a la que se relega el canto supone un daño en el interior de la naturaleza subjetiva. La venganza queda sentenciada en el proceso mismo de abstracción, sacrificio de los impulsos en favor de la autoconservación de una naturaleza que no se sabe mutilada. Adorno y Horkheimer afirman que

“el dominio del hombre sobre sí mismo, que fundamenta su sí-mismo, significa siempre virtualmente la aniquilación del sí mismo a cuyo servicio se opera, pues la sustancia dominada, oprimida y disuelta por la autoconservación no es otra cosa que lo viviente, solo en función del cual se determinan los logros de la autoconservación, precisamente aquello que debe ser conservado”¹⁵.

La naturaleza, en su expresión racional, es decir, a través del hombre y de su cálculo, se reprime en aras de la autoconservación, y por tanto, el medio, la autorrepresión, acaba agrandándose tanto que suprime las satisfacciones finales naturales, y por ello la naturaleza se acaba vaciando por su mediación racional, autoconservándose sólo como un resto reprimido en el hombre. El hombre, en su instrumentalización racional en pos de la autoconservación, llega al extremo de ocuparlo todo, y ya no le queda oído para lo natural en términos de finalidad, sólo razón autoconservadora, trabajadora, directora por medio de esta abstracción remitida al trabajo inmediato y sin posibilidad de pensar más allá de la propia mercantilización. La Crisis de nuestra Economía no es cosa distinta a lo recientemente explicado. El cálculo es una forma de pensamiento “anoréxico”: la abstracción que nos imponemos fue desechando fines y ahora no está capacitada para digerir nada que no sea a sí misma.

“Se trata de un proceso que tiene lugar en el pensar mismo, y conduce a un sistema de prohibición del pensamiento que finalmente ha de terminar en la estupidez subjetiva [el pensamiento que el individuo se da es incapaz ni siquiera de trabajar con lo calculable que pretendía, inútil en su cálculo] cuyo modelo es la

¹⁵ Ibidem, pp. 67 y 68.

imbecilidad objetiva [en el espacio creado en el que todo es igual, una igualdad de indiferencia] de todo contenido vital”¹⁶.

El mercado es imbecilidad objetiva y participar en él, conservarlo y autoconservarnos, estupidez subjetiva. El entendimiento humano es inconsciente de la violencia auto-ejercida sobre la naturaleza y, por tanto, sobre sí. Llega el momento de tomar conciencia de ello, de que la naturaleza se vengue desde la distancia que le hemos impuesto.

¹⁶ M. Horkheimer: *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973, pág. 65